

y moldes de la región, síntesis de un sentir y unos hechos guardados como oro en paño. La paciencia del autor para oír, recomponer, sugerir a su tiempo, aportar un hilo por donde la madeja se desenrolle. Visión abarcadora de un palpito nacional que se fragmenta pueblo a pueblo, braña a braña, casa a casa del territorio español.

Un pilar básico en el libro será la fidelidad al transmitir lo que oye o le cuentan. Respeto casi sagrado por esos recuerdos que se dicen con el alma de puntillas. De ahí, de ese decir guardado parte, a mi manera de ver, la prosa del autor, sería, medular, cadenciosa, que al expresar esencias de hechos va como en un vaivén acariciador. Podríamos sumar más pilares básicos en el libro como por ejemplo los hombres y mujeres claves, sensibles, a los que busca. Se detiene en ellos y convive con ellos. Sabe, como estudioso, que está ante lo raro y lo extraño. De ahí, de ese filón, la riqueza del contenido.

La estructura se amolda a su caminar. Once partes o paradas, once pueblos en su obsesión y once sensibles en el contar, cantar o recordar. Tiene el libro una introducción corta, airosa y penetrante del autor, con una isla mítica del Tartesos real como fondo y principio y un prólogo serio y definidor del escritor mexicano Arturo Azuela. El estilo es pausado, como de escritor buscador de mitos y verdades, pues ambas singularidades se dan porque entran como partes de su preocupación. Prosa concisa, abarcadora, en vaivenes. La prosa va con la poesía, la canción, el refrán o el dicho que se recupera e intercala.

El libro está bellamente impreso por la Diputación Provincial de Salamanca. Pueblos de Salamanca entran en el sentir y pulsar del autor. De igual manera llega a pueblos de Cáceres, Asturias, Lugo, León, Murcia y Málaga. Entran también de Huelva porque Garrido Palacios tiende —y con razón— a comparar la sabiduría popular con la sabiduría acumulada en el cante del Alosno, pueblo especial de su Huelva natal.

Es este *Aún existen pueblos*, un libro importante para adentrarnos, alma arriba, en el alma dispersa, amorosa y dividida de nuestro gran pueblo. A la riqueza de contenido habrá que agregarle la de sabiduría por estudio o por intuición del autor que la complementa y enriquece. Libro serio de un escritor nacido para eso y ahí otra verdad sencilla y universal, por lo seria, para calar al autor: vocación cuidada y practicada. Por todos los ángulos que se le mire,

libro singular y autor preparado y entregado a su misión. Y la misión es importante porque es nada menos que la de mirarnos como éramos para insinuar, quizá, cómo debiéramos de ser. ¿No estaremos mirando como nación hacia el lado que no es? Por lo pronto Garrido Palacios se adentra hacia lo nuestro y se aferra a su verdad esencial. Y es el caso que por temperamento y vocación también me quedo con la esencia de nuestra verdad nacional.

## Odón Betanzos

# Una modernidad con mayúsculas\*

**P**ara su análisis, Touraine descompone la modernidad en dos niveles: uno temporal, distinguiendo las etapas/períodos de la modernidad, y otro interno al cuerpo de la modernidad, definiendo sus elementos constitutivos (sujeto, razón, sistema, actor).

Estos dos planos luego se combinan, pues los distintos períodos históricos de la modernidad serán caracterizados

\* Touraine, Alain: Crítica de la modernidad, *Temas de Hoy*, Madrid, 1993 (primera edición francesa: 1992).

por el modo en que se relacionan aquellos elementos constitutivos. Pero la trabazón de estos elementos no aparece como consecuencia de una interacción entre lo material y lo ideal, como resultante de una interinfluencia entre relaciones sociales y construcciones ideales, como un dato que lleva en sí las posibilidades y los límites que ideal y materialmente la época le ha colocado. Por el contrario, su combinación aparece más bien como fruto del modo en que la modernidad ha sido pensada en cada época, es decir, como resultado de la hegemonía de una determinada corriente de pensamiento. Las épocas de la modernidad quedan así determinadas desde lo ideal. Entonces, si el período moderno, como consecuencia de la hegemonía combinada de protestantismo y renacentismo, es el de la dualidad entre sujeto y sistema, la época modernista se caracterizará —dada la hegemonía del historicismo— por el triunfo del sistema sobre el sujeto y, por su parte, la época actual será la de una creciente aunque no total separación entre sistema y actores.

En este modo de abordar el análisis de la modernidad pueden observarse, al menos, dos costos.

Por una parte, la referencia a cada uno de los elementos constitutivos de la modernidad elegidos por Touraine se hace sólo en el plano de máxima abstracción. De esta manera, lo que al fin y al cabo se termina estudiando son las posibilidades de plasmación de un elemento (actor, sistema, sujeto, razón, todos ellos previamente definidos por el autor de modo extrasocial y extrahistórico) en función de las ideas dominantes de cada época, y no de qué modo las relaciones sociales y las ideas de cada período modelan de modo particular a los elementos constitutivos de la modernidad. Se acaba sabiendo que el Sujeto —tal como lo define de antemano Touraine— encontró más posibilidades de desarrollo en el Renacimiento que en la época historicista, siempre en función de las corrientes de pensamiento entonces hegemónicas. Pero lo que no se dice es qué sujeto —ahora con minúscula— construye el Renacimiento, cuál el historicismo y cuál el posmodernismo, entendidas estas etapas como conjunto de elementos ideales y materiales. No se acaba sabiendo en qué medida el paisaje material influyó en la construcción de cada elemento.

Al hablar de estos elementos en general, según los rasgos de una definición teórica abstracta, se pierde de vista frente a qué sujeto, es decir, ante qué problemáti-

ca en torno al sujeto se enfrentó cada momento histórico. Desaparece el contenido específico que las relaciones sociales otorgan a cada elemento: sólo se habla de ellos con mayúscula, y así se diluye la plasmación histórico-social, su especificidad epocal. Porque, ¿a qué sujeto intentó responder el historicismo?, ¿su negación del sujeto era la negación del Sujeto —es decir, en cuanto tal— o de un sujeto particularmente conformado?

La referencia a las problemáticas específicas que cada época aborda, hereda e intenta resolver en la medida de sus propias características, queda sustituida por la referencia a conceptos abstractos previamente definidos. Como si cada época —identificada por el autor únicamente con la corriente de pensamiento dominante— respondiera ante la misma problemática, reducida ésta además a la capacidad para dar cabida y desarrollo al Sujeto, al Actor, al Sistema y a la Razón. Como si estos fueran piezas fijas y ya conformadas que atravesaran la historia sin ser modeladas por ella.

Por otra parte, el segundo costo sería que, en tanto la relación entre los elementos constitutivos toma centralidad en el análisis, y sólo se hace referencia a cómo éstos fueron concebidos por las grandes corrientes de pensamiento hegemónicas, necesariamente acaba desapareciendo la naturaleza problemática de la propia modernidad, esto es, los debates y tensiones que en el interior del pensamiento moderno se dieron por la definición de sus elementos constitutivos. Porque el debate sobre el alcance de, por ejemplo, la razón no se da sólo ni principalmente entre pensamiento moderno y pensamiento antimoderno, sino en el interior del primero, desde Hume hasta Adorno. Lo mismo ocurre con el concepto de libertad, central de la modernidad: tal centralidad no es consecuencia de un consenso, sino de una preocupación común (por eso se puede hablar de un pensamiento moderno que engloba a todas las corrientes en disputa), la cual a la hora de la caracterización de cada elemento reviste la forma de polémica. Y en este terreno basta con referir sin más a la existencia de un Helvetius junto a la de un Kant.

Esta ausencia en el análisis del peso propio de las relaciones sociales en la configuración de un modo de pensar la modernidad reaparece hacia el final del trabajo de Touraine, a la hora de recorrer las posibilidades de reinención que de la modernidad propone el autor. En efecto, se

presenta el problema de la reinención de la modernidad antes como una cuestión de pura construcción intelectual (esto es, de una adecuada ubicación de las piezas indicadas —actor, sistema, razón, sujeto— para formar un conjunto que funcione), que de posibilidades y límites determinados por el paisaje de las relaciones sociales existentes. El síntoma de este enfoque no demora en aparecer en el discurso bajo esa forma de voluntarismo intelectual que es el énfasis en el «deber ser»: «Hay que reconstruir una representación general de la vida social y del ser humano para *fundar* una política y *hacer posible* la resistencia al desorden extremo del poder absoluto. Esa representación sólo puede basarse en la idea de que el sujeto nace y se desarrolla sobre las ruinas de un Ego objetivado (...)»<sup>1</sup>.

El dinamismo interno que se predica como característico de la modernidad acaba siendo entendido, de este modo, en términos de formas (de pensamiento) que se suceden y al hacerlo cambian el paisaje social. La sucesión Renacimiento/Reforma —historicismo— posmodernismo, que abarca en Touraine la totalidad de la modernidad, ejemplifica lo dicho. Al construir sus elementos básicos de análisis (actor, sujeto, sistema, razón) sólo de modo abstracto (desprovistos de toda vinculación a relaciones sociales históricas y de toda discusión a la hora de construirlos), el dinamismo interno de la modernidad deviene antes sucesión diacrónica que tensión sincrónica (lucha de valores). El dinamismo, en tanto renovación interna, redefinición, aparece en el análisis de Touraine como una sucesión de etapas en la historia del pensamiento, con corrientes que se vuelven hegemónicas y otras que pierden importancia, fenómeno que no se explica más que de modo tautológico: si la época se caracteriza por la preminencia del sistema sobre el actor, entonces es el historicismo lo que se ha impuesto. La configuración de lo social-histórico es explicada por el pensamiento, en una doble reducción: por un lado, la unilateralidad mecánica de la influencia (de lo ideal sobre lo material); por otro, la no explicación, aún en el plano meramente ideal, del por qué de la hegemonía de una corriente sobre otra.

Queda de costado la pugna que dentro de cada época se da por la definición de los conceptos, la lucha de valores interior a la modernidad. El efecto de esta elusión es el otorgamiento de una imponente homogenei-

dad (sincrónica) a los conceptos de la modernidad. La modernidad se transforma en un sendero de dirección única, antes que en un cruce de caminos.

Y todo esto cuando probablemente el rasgo más interesante de la modernidad no sea su homogeneidad (que es una construcción analítica retrospectiva), sino el que se trata de una época ciertamente unida por determinados valores en tanto que problemas, pero a la vez desunida por la definición del contenido de aquéllos. Y esa lucha, en tanto valorativa, no se salda. Así, por ejemplo, en la lucha política. Las corrientes modernas lo son en tanto reconocen ciertos valores como ideales-límite a preservar, pero a su vez sus rasgos particulares se definen desde el instante en que intentan caracterizar de modo específico aquellos ideales-límite. Liberales y socialistas reconocen la libertad como un valor imostergable, pero ¿qué entiende cada uno por libertad? El orden político moderno quizá funcione gracias a esa indefinición del contenido de esos ideales-límite, que permite por un lado la unidad, el suelo común, y por otro la lucha, el dinamismo interno (sincrónico): en fin, el debate de la época sobre sí misma, hecho sin precedentes y por eso fundante de la idea de lo moderno.

No se trata de disgregar la noción de modernidad en sus pugnas internas, pero tampoco parece posible postular su unidad desoyéndolas, presentando la modernidad como un cuerpo de valores homogéneos y unívocos. Pues al fin por este camino se termina negando lo que se quería afirmar: la diferencia central entre modernidad y mundo medieval, el cual se caracterizaba por la unidad de lo social y lo político y por ser un orden soldado ideológicamente desde arriba.

Touraine nos habla de una Modernidad que sólo puede ser escrita con mayúsculas, pues en ella no sólo todo ocurre en el ámbito ideal (si es que éste es hallable en estado puro), sino también, dentro de él, en un plano de máxima abstracción, beneficiado además por la ausencia de tensiones y polémicas sincrónicas.

## Javier Franzé

<sup>1</sup> Touraine, A.: Crítica de la modernidad, *Temas de Hoy*, Madrid, 1993; p. 297. *El subrayado me pertenece (J.F.)*.